

La Reina del Cerdo

*Yo no quiero que viajes al pasado
y vuelvas del mercado,
con ganas de llorar...*
Joaquín Sabina

Llegué del mercado. Estaba fastidiada y quería olvidarme del resto de la tarde. El viaje de regreso en el camión fue horrible. Casi se me cae el mandado y tuve que ir parada, justo al lado de un señor que tuvo la magnífica idea de tocar lo que se le antojo. El humo me causó dolor de cabeza. Me sentí enferma de todo. Quería volver a casa y olvidarme de lo repugnante de la ciudad, pero mi marido no me dejó. Estaba ahí, echado. Patas arriba de la mesa y viendo su partido de fútbol de medio día. Comiendo como de costumbre, y nada más y nada menos que sus gloriosos nachos.

¿Cómo poder explicarle el asco que me daba? Cada mordida, cada masticada me hacía vomitar. Sentado ahí, con la panza de fuera, con el tufo a patas, el pelo lleno de ceniza. Era la viva imagen de la cruda más tres cervezas. Al verlo en toda su conchudez, sólo podía pensar en lo grotesco de mi vida.

Había renunciado a mi juventud por el matrimonio. Me prometió ser un rey y yo su maravillosa reina. Pero en lugar de la dichosa corona, recibí un cerdo. *Felicidades, oh gran reina, ha ganado usted un puerco de 130 kilos.* Eso era él ahora. Un sucio animal devora-nachos.

Pero a fin de cuentas, un cerdo hubiera sido más conveniente. Ese animal no te habla, no tiene tanto pelo, su aliento no huele a cigarro. Un puerco no te toca, ni te dice peladeces al oído, no te obliga a estar a su lado en la cama, no intenta meterse debajo de tu falda a explorarte con su pezuña. Este animal sí. Te agarra desprevenida, te amenaza y cuando menos lo esperas ¡bam! ya te cargó con otro hijo.

Lo peor vino cuando me vio, acalorada, cansada, y encima me pide más comida. «¿Y la pared? ¿No vas a pintarla?», pregunté ¿y él? nada. Viendo su televisión. «¡Contéstame, carajo!». Error. De un brinco se levanta y ¡madres! un golpe basta para hacerme entrar en razón. Que me callara y que le hiciera una torta. Me lleva, ahí me tienes, cortando la comidita para el rey cerdo.

Ya ni llorar me deja. Empecé con mis sollozos y de un grito que me vuelve a callar: «¿Qué traes tú?», sólo le respondí un «no, nada», *nada que le importe su puercosidad.* Entonces que se acerca y me dice «¡Ah, pinche vieja ésta! no sabes hacer ni madres». Luego me dice al oído «pero nomás terminas eso y me das mi postrecito ¿eh?» y con su pezuña me pellizca la nalga.

Diego Iván Pérez

Torreón, Coahuila, 1985. Cursa el sexto semestre de la licenciatura en Comunicación.

Participa en los talleres de Literatura y Teatro.

dondondiego@gmail.com

Ahí perdí la cordura. Ves que una mujer asqueada no entiende razones. Es que llega un punto en que ya no puedes más, te cansas, te hartas, tienes ganas de que todo se lo lleve el diablo o la chingada, que para el caso es lo mismo. Apreté fuerte el cuchillo y dije «quita tu mano». Que no, que «no la quito» y ¡madres!, otro pellizco. El asco y el odio me guiaron. Juro por dios que no quise hacerle ningún mal, pero el diablo te atrapa y ni como librarte del demonio.

«Pendejo, a ver si con esto me haces caso» Y así, de un simple corte, mutile su pezuña derecha. «¡Chilla, puerco, chilla!» Pero una no era todo, ni dos, carajo, ni con todo su cuerpo sería suficiente. Emocionada de lo fácil que era, me di rienda suelta, lo acuchillé y lo aventé contra la mesa. Cayó sobre ella. Ahí fue cuando me terminó de poseer el diablo. Tomé otros cuchillos y lo empecé a clavar.

Cubierta de sangre, apunté a su miembro y de una sola estocada acerté. *Bingo, lotería, ha dado usted en el blanco.* Así seguí en mi labor, destazándolo, sacando tripas y vísceras. Cuando le saqué todo lo que me estorbaba, empecé a meterle relleno. Los nachos que estaba comiendo, el queso, los frijoles, el mandado que

acababa de comprar. Carajo, ya no cabe más. ¿Cómo que no hay espacio? ¡Son 130 kilos de marrano! Y ni cómo explicar de donde saqué la fuerza, pero créame cuando le digo, que cargué al desgraciado y a como pude lo fui metiendo al horno. Pero claro, nada es fácil y el mentado puerco rompió la tapa. Y pues valiendo madre, abrí la llave del gas, a todo lo que da. Digo, si ya nos empezó a llevar la chingada, pues que nos lleve completitos. A ver si esta monarquía no acaba también. Lo único que me falta es encontrar los cerillos. 🔥



Alberto G. G. G.